

Itinerarios de compras en tiempos de inflación. La organización cotidiana de las economías domésticas

Shopping itineraries in inflation times. The daily organization of domestic economies

María Clara Hernández¹

Universidad Nacional de General Sarmiento - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Argentina

Resumen

El presente artículo indaga sobre los modos en que se organizan, en el marco de un contexto inflacionario, los itinerarios de compras para el aprovisionamiento diario de un conjunto de hogares de sectores medios y sectores populares pertenecientes a la ciudad de Bolívar, provincia de Buenos Aires. Estas prácticas se encuentran entre las más fundamentales que realizan las personas para organizar sus economías familiares, garantizar el funcionamiento del hogar y la reproducción de cada uno de sus miembros. Tomando esto en cuenta, nos interesa reconstruir las particularidades que adoptan dichas compras, las decisiones y cálculos que involucran, los espacios y lugares que recorren, así como las temporalidades que les son constitutivas. Estos aspectos serán analizados en relación a las características socioeconómicas de los hogares en cuestión. El trabajo de campo, aún en curso, del que se nutren estas reflexiones comenzó en el mes de diciembre de 2017. El período que se recorta desde entonces ha estado marcado por la presencia de una inflación creciente y sostenida, de modo que considerar esta variable se volverá un elemento clave para el análisis de los itinerarios y de cada uno de estos aspectos. Como resultado, nos proponemos realizar un aporte a la comprensión de los modos en que se procesa subjetivamente la experiencia del aumento de precios, sobre la base de aquellos elementos que vuelven a la inflación palpable, medible y observable en el marco de las economías domésticas.

Palabras clave:

HOGARES; ECONOMÍAS DOMÉSTICAS; COMPRAS; APROVISIONAMIENTO DIARIO; INFLACIÓN

Abstract

This article intends to investigate the ways in which shopping itineraries are organized for daily supplying carried out by middle-class households and popular sectors in the city of Bolívar, province of Buenos Aires. These practices are among the most fundamental to organize family economies, guarantee the functioning of the home and the reproduction of each one of its

¹ Correo electrónico: mariaclaraher@gmail.com

members. We are interested in reconstructing the particularities that such purchases adopt, the decisions and calculations that they involve the spaces and places they visit, as well as the temporalities that constitute them. These aspects will be analyzed in relation to the socioeconomic characteristics of the households in question. The fieldwork of the research began in December 2017. This period was characterized by the presence of a growing and sustained inflation, so considering this variable will become a key element for the analysis of the itineraries and Each of these aspects. As a result, we propose to contribute to the understanding of the ways in which the experience of price increases is subjectively processed, based on those elements that return to palpable, measurable and observable inflation in the context of domestic economies

Keywords:

HOUSEHOLD, DOMESTIC ECONOMIES, PURCHASES, INFLATION

Fecha de recepción: 7 de Diciembre de 2019

Fecha de aprobación: 20 de Mayo de 2020

Reconstruyendo los itinerarios: cómo se configuran las prácticas de compra para el aprovisionamiento diarios de los hogares en contextos inflacionarios

1. Introducción

Dentro de la gran variedad de prácticas de consumo que tienen lugar en el marco de los hogares, aquellas destinadas al aprovisionamiento diario se encuentran entre las más fundamentales que realizan las personas para organizar sus economías familiares, garantizar el funcionamiento del hogar y la reproducción de sus miembros. Con seguridad podemos afirmar que, independientemente de las características socioeconómicas de los hogares, en todos ellos nos encontraremos ante una serie de actos de compra orientados en tal dirección. Sin embargo, cuando se intenta indagar en prácticas de estas características o, en general, en los modos en que se organizan las economías cotidianas, los primeros discursos que emergen son aquellos que señalan que en la propia experiencia no hay demasiado para contar, o que aquello que se tiene es poco novedoso o interesante. Como señaló Miller (1998), estas actividades se encuentran entre las más rutinarias de la vida diaria de modo que, en su carácter habitual “rara vez se consideran excitantes y pronto se olvidan” (15).

Sin embargo, siguiendo el impulso de Miller (1998) –quien se enfocó en las experiencias de compras de un conjunto de familias del norte de Londres-, consideramos que poner el foco en el aprovisionamiento diario de los hogares puede decirnos mucho acerca de los modos en que funcionan estos “sitios de intensa actividad económica” (Zelizer, 2008, p. 99). En primer lugar, reconstruir los discursos sobre las compras cotidianas permite indagar cómo las economías domésticas participan del mercado con un fin particular, las decisiones y calculabilidades que ello involucra, los modos en que se organizan y las temporalidades que rigen dichas prácticas. En segundo lugar, habilita una mirada puertas adentro sobre dichas economías, capaz de concentrarse en los dineros domésticos, en los acuerdos económicos internos y, también, en las maneras en que se distribuye el trabajo remunerado y no remunerado entre los miembros de los hogares.

Nuestro principal objetivo en este artículo será concretarnos en los discursos sobre las compras cotidianas. Buscaremos reconstruir cómo se configuran las rutinas e itinerarios de aquellas compras que son la base del consumo cotidiano en un conjunto de hogares de sectores medios y de sectores populares. Las reflexiones que plasmaremos aquí son el resultado de una investigación, aún en curso, que comenzó a

desarrollarse a fines del año 2017. En Argentina, el período que recorre la investigación se ha caracterizado por la presencia de una inflación creciente y sostenida, que indudablemente supone desafíos múltiples para la vida social en su conjunto y para la organización y reproducción de gran parte de los hogares. Consideramos que contextos de estas características pueden presentarse fructíferos para reflexionar sobre aspectos rutinarios de la vida diaria que resultan directamente afectados. En este sentido, las compras para el aprovisionamiento diario pueden convertirse en elementos valiosos para indagar en los modos en que se procesa social y subjetivamente la experiencia del aumento de precios. Nos interesaremos específicamente por las acciones, decisiones y significaciones que involucran dichas compras así como por los espacios que recorren y las temporalidades que les son constitutivas. Estos aspectos serán analizados en relación a las características socioeconómicas de los hogares en cuestión.

Un conjunto de hogares de sectores medios y sectores populares² constituyen las unidades de análisis de las que se nutre nuestro trabajo, por lo que es preciso hacer una salvedad respecto del modo en que serán considerados aquí. La definición de hogar se ajusta a la de “un núcleo de dos o más personas que comparten una vivienda y la subsistencia cotidiana durante un período considerable de tiempo” (Zelizer, 2009, p. 235). Sin embargo, a los fines del análisis nos interesa ir más allá de esta definición y, para ello, resulta de gran utilidad la idea de *householding* que proponen Olcoñ-Kubicka y Halawa (2015). Esta permite pensar a los hogares como procesos en curso, producto de una multiplicidad de relaciones sociales y acuerdos frágiles cuya existencia no puede ser concebida de modo estático, ni darse por sentada. Es así que, lejos de considerarlos como actores monolíticos, es posible concentrarse en los procesos mediante los cuales se producen y reproducen los hogares en la práctica. Entre ellos, las decisiones y prácticas ligadas al consumo para el aprovisionamiento diario son centrales.

² A los fines del trabajo de campo, estos hogares han sido identificados a partir de los criterios clásicos de estratificación social, vinculados a los niveles de ingresos de los que disponen y a la inserción de sus miembros en el mercado de trabajo. Asimismo, considerando las limitaciones que estos modos de clasificación suponen, han sido incorporadas otras dimensiones como el consumo, los estilos de vida y el capital social, que permiten pensar a la estratificación social como resultado de la distribución de oportunidades para el acceso diferencial a determinadas posiciones sociales (Chávez Molina y Pla, 2018).

Los hogares bajo análisis pertenecen a la ciudad de San Carlos de Bolívar (en adelante Bolívar), ubicada en el centro norte de la provincia de Buenos Aires. El trabajo de campo se ha llevado a cabo desde finales del año 2017 y responde a una estrategia metodológica cualitativa. La misma ha consistido en la realización de entrevistas en profundidad a hogares y a comerciantes locales. También se han llevado a cabo observaciones participantes en diferentes espacios de compra como almacenes y supermercados. Asimismo, el recorte temporal de la investigación presenta una particularidad en el marco del período post-convertibilidad. Al poner en relación datos extraídos del INDEC respecto de la evolución del índice de salarios registrados y la evolución del Índice de Precios al Consumidor (en adelante IPC) es posible ver que, luego del año 2017 donde el aumento de los salarios fue 27,4% y se ubicó tres puntos porcentuales por encima de una inflación de 24,8%, el año 2018 presentó condiciones muy diferentes. El IPC para dicho año arrojó un valor de 47,6%, mientras que la evolución de los salarios fue de 27,6%, lo que los ubica veinte puntos porcentuales por debajo de la inflación. Asimismo, para el mes de agosto de 2019 la variación interanual de los salarios registrados fue 44,2%, frente a una inflación interanual en torno al 55%.

2. Compras cotidianas: itinerarios, cálculos y decisiones

La experiencia de convivir con la inflación no es nueva para los argentinos. En los últimos ochenta años de la historia nacional, este fenómeno ha formado parte del paisaje casi sin interrupciones. Tras su contundente aparición en la década del 40', durante el primer gobierno de Perón, se puso en evidencia que no se trataba de un fenómeno pasajero, sino que había llegado para quedarse. A mediados de los años 70' un nuevo hito inauguró uno de los períodos más problemáticos en relación con su presencia. Desde 1975³ a 1991, “la inflación del país permaneció en un promedio de tres dígitos por año” (Heredia, 2015, p. 74). Finalmente las hiperinflaciones de 1989 y 1990 marcaron el quiebre definitivo que abrió paso a la Convertibilidad⁴. Tras su salida

³ Según Mónaco y Benitez (2019), se conoce como Rodrigazo a las medidas tomadas a principios de 1975 por el entonces Ministro de Economía Celestino Rodrigo. “Este consistió en producir una fuerte devaluación para corregir el desequilibrio de la balanza de pagos y un incremento de las tarifas públicas para mejorar la situación fiscal. Estas medidas, principalmente causaron una fuerte caída del salario real” (101).

⁴ La Convertibilidad corresponde al período inaugurado en marzo de 1991, durante el gobierno de Carlos Menem, tras la sanción de la ley 23.928. Esta ley establecía una relación cambiaria fija entre un dólar estadounidense y diez mil

devaluatoria en el año 2002, la inflación volvió a aparecer en escena y, partir del 2007, sus valores se ubicaron por encima de 20% anual (acuerdo con las mediciones del IPC siete provincias y el IPC Congreso): Los años que siguieron al recambio presidencial de 2015 marcaron nuevos puntos elevados. El 2019 con un 53,8% representó la inflación más alta de los últimos veintiocho años.

Pese a la relevancia y contundencia que ha tenido la presencia de la inflación en Argentina, han sido escasos los trabajos que han señalado –en mayor o menor profundidad- cuestiones vinculadas a la relación entre inflación y vida cotidiana (Spitta, 1988; Sigal y Kessler, 1997; Neiburg, 2006; Heredia, 2015). Las compras para el aprovisionamiento diario son una puerta de entrada interesante para pensar esta relación. Las mismas constituyen uno de los ejes centrales en torno de los cuales se organiza la economía de los hogares en la cotidianidad. Como veremos a continuación, frente a los desafíos que suponen los aumentos de precios propios de los contextos inflacionarios, muchos hogares operan sobre estas compras y sobre otros consumos en respuesta a la pérdida de poder adquisitivo de sus ingresos.

No obstante, como advierten Luzzi y Wilkis (2019), lo dicho no supone pensar que estas prácticas económicas y la forma que asumen, son el resultado automático de los condicionamientos impuestos por la estructura económica. Por el contrario, el modo en que se configuran involucra evaluaciones, decisiones y negociaciones donde se ponen en juego consideraciones monetarias, pero también cuestiones morales, simbólicas y culturales relativas a quiénes las encarnan y a sus vínculos sociales. Asimismo, las características socioeconómicas de los hogares imprimen particularidades a dichas compras que se evidencian, no sólo en la forma que asumen los actos mismos, sino en los discursos que se construyen en torno a ellos.

A continuación nos concentraremos en el modo en que organizan sus compras para el aprovisionamiento diario los hogares incluidos en la investigación⁵. Buscaremos recuperar los espacios que

australes –moneda nacional en ese momento-; paridad que luego será reemplazada por la de un dólar equivalente a un peso argentino. La misma estuvo vigente hasta enero del año 2002.

⁵ La gran mayoría de los casos consultados cuentan con la participación de hombres y mujeres en el mercado de trabajo y en la provisión de recursos monetarios para el sustento de sus familias. No obstante, son estas últimas –de manera casi exclusiva- las que dedican cantidades considerables de tiempo y esfuerzo en gestionar y llevar a cabo estas compras. Esto nos ofrece, una vez más, un ejemplo de los modos en que las distinciones de género operan hacia el interior de los hogares atribuyendo responsabilidades y tareas específicas a

dichas compras recorren así como los factores, criterios y cálculos que participan en cada una de las decisiones de compra. Recuperando la propuesta de Florence Weber (2002) nos preguntaremos por las racionalidades⁶ prácticas involucradas en estos actos, es decir por los múltiples razonamientos y las formas de pensar concretas que las mismas involucran.

En el mes de julio de 2018, en una entrevista radial con la emisora Cadena 3 ubicada en la ciudad de Córdoba, el entonces Presidente de la Nación Mauricio Macri afirmaba: “la gente tiene que caminar, mirar, porque en este momento de devaluación hay más menos un 30% en los precios”. Este era el consejo que el mandatario daba a la población frente al avance de la inflación, que ya a mitad de año, obligaba al gobierno a rever las metas anuales previstas en un 15%. Las palabras de Macri inmediatamente recordaron a las frases, ya célebres, de Lita de Lazzari, quien había presidido la Liga de Amas de Casa desde principios de la década de 1980 y que se integró a la escena pública tras sus apariciones en televisión dando consejos sobre consumo y economía doméstica. “Camine señora, camine”, “busque precios” decía entonces Lita y el presidente volvió a traerla a escena. Estas referencias aparecían de manera análoga en los discursos de los miembros de los hogares analizados:

es difícil en este momento ir a realizar las compras porque todo aumenta, todo está caro, el dinero no te alcanza entonces tenés que recorrer, recorrer y recorrer para conseguir, dentro de todo, los mejores precios (...) antes lo hacía pero no tanto, pero ahora sí o sí lo tengo que hacer

sus miembros; lo que tiene efectos directos sobre las cargas de trabajo remunerado y no remunerado que recaen sobre cada uno de ellos y también sobre los modos en que se establecen acuerdos económicos. Un gran número de investigaciones han analizado el modo en que se hacen presentes las relaciones y distinciones de género en el espacio de la economía cotidiana, dando lugar a prácticas diferenciadas así como también a derechos y obligaciones que se asientan sobre tales diferencias. Por mencionar solo algunos de ellos encontramos los trabajos de Guern, 2008; Hornes, 2016; Kreutzer, 2004 y Partenio y Wilkis, 2011.

⁶ La propuesta de pensar la racionalidad involucrada en las prácticas económicas de modo plural –por oposición a la racionalidad calculadora y universal que deposita la ciencia económica en los agentes económicos- ha sido empleada también por autores como Figueiro y Luzzi a fin de analizar los múltiples criterios y representaciones que subyacen a las prácticas económicas ordinarias. En palabras de Figueiro (2010) “la racionalidad debe ser pensada en su construcción y que habrá tantas racionalidades como usos sociales haya, por caso, del dinero” (pp. 2013).

porque si no la economía, la plata no rinde, la economía de la casa no va. (Mercedes, 61 años docente jubilada. Diciembre de 2017).

voy a Día y compro las ofertas de Día y paso por la Coope y compro las ofertas de la Coope, porque ya sé en qué supermercado...por ejemplo en Actual está barato todo lo que es galletitas, yerba, fideos, en la Coope lo que es de perfumería y en Día tenés los lácteos, de todo tenés. (Eugenia, 43 años, docente. Enero de 2018).

Estos relatos acerca del modo en que se organizan las compras, exponen un elemento presente en gran parte de los hogares: la idea de que es necesario recorrer diferentes comercios en búsqueda de precios que resulten *más convenientes*. Detrás de esto se encuentra la premisa de que, en contextos inflacionarios, dichos precios no solo aumentan de forma permanente, sino que también varían de un comercio a otro. Así, los actos de compra que los actores describen se enlazan configurando itinerarios que combinan diferentes comercios y espacios, al tiempo que excluyen otros. Los supermercados ocupan un lugar central, y comprar implica visitar varios de ellos. Esto se ve facilitado por el hecho de que Bolívar es una ciudad chica⁷. Su planta urbana compone un cuadrado perfectamente simétrico (de dieciséis cuadras por dieciséis cuadras) en cuyo centro además de las principales instituciones, se encuentran los comercios más importantes, entre ellos los cuatro supermercados de mayor tamaño⁸.

En la mayoría de los casos los itinerarios que recortan las compras no se hallan sujetos a una revisión constante, sino que, una vez construidos, adquieren cierta fijeza. Así, luego de que los hogares han seleccionado determinados comercios para adquirir diferentes productos, los recorridos se repiten. Las ofertas y promociones que se ofrecen respecto de diferentes medios de pago también intervienen en el recorte. Los descuentos que proponen las tarjetas - de crédito y de débito- definen días y lugares específicos para las compras. Un ejemplo

⁷ Según datos del INDEC (2010) contaba entonces con 26.242 habitantes.

⁸ Entre dichos supermercados, dos pertenecen a una firma zonal (Supermercados Actual); luego se encuentra la Cooperativa Obrera y, por último, Día que es el único perteneciente a una cadena internacional. A estos comercios se suman otros, como los supermercados chinos y una gran variedad de negocios más chicos esparcidos por toda la ciudad (despensas, verdulerías, carnicerías, mini-mercados, etc.). En Bolívar no hay hipermercados, ni grandes cadenas mayoristas. Tampoco existen centros comerciales de ningún tipo.

claro fue el caso de los miércoles de 50% de descuento que implementó la tarjeta Visa del Banco Provincia de manera periódica entre los años 2017 y 2019.⁹ Esta promoción adquirió una relevancia central –de manera casi exclusiva- entre los hogares de sectores medios consultados¹⁰.

Prácticas como las que describimos aquí no son nuevas en los repertorios económicos desplegados por los hogares en contextos de aumentos de precios. O’Dougherty (2002), en su análisis sobre la crisis inflacionaria e hiperinflacionaria que atravesó Brasil entre 1981 y 1993 documentó minuciosas *investigaciones de mercado* por parte de los hogares, a las que denominó *efecto hormiga*. Por su parte, Sigal y Kessler (1997) reconstruyeron estrategias similares de búsqueda y comparación de precios en el marco de la hiperinflación argentina de 1989, Estas modalidades de compra que, de acuerdo con los discursos de los entrevistados parecen diluirse o desaparecer en determinados momentos, emergen nuevamente cuando la inflación se hace sentir sobre el poder adquisitivo de los ingresos. Sin embargo, las decisiones al respecto se proyectan sobre un horizonte temporal más amplio, que lejos está de la vertiginosidad que describen Sigal y Kessler (1997), propia de un *trastorno de mercado* de características y consecuencias mucho más severas que las del periodo que analizamos. Como mencionamos antes, si bien hay una atención centrada en los precios, los itinerarios y recorridos adquieren cierta permanencia y los miembros de los hogares no se ven compelidos a reevaluar constantemente sus opciones.

No obstante, una vez que recortados, dichos itinerarios permanecen abiertos y diferentes comercios pueden entrar o salir de manera ocasional o permanente de su órbita. Un elemento relevante en la configuración y modificación de estos itinerarios es el hecho de que la información en torno de los precios es una temática recurrente de conversación y circula en diferentes ámbitos y espacios cotidianos. Este

⁹ Esta promoción suponía un tope de reintegro de \$1500 sobre una compra de \$3000, que debía abonarse con tarjeta de débito o con tarjeta de crédito únicamente en un pago. Aquellos que optaban por pagar *con débito* debían contar con los \$3000 al momento de la compra y esperar un lapso de tres semanas aproximadamente para recibir la restitución de la mitad del dinero.

¹⁰ Podemos suponer que esto se debió a dos cuestiones principales: la primera relacionada con el requisito de ser cliente del mencionado banco y la segunda con el requerimiento de contar con un saldo de \$3000 disponible a ser destinado temporalmente a una única compra, ya fuese en la tarjeta de crédito o en la cuenta bancaria. A esto se añadía el riesgo de que, por algún error, el dinero del descuento no fuese reintegrado, tal como mencionaron algunos entrevistados.

punto fue señalado por Benjamín (2002) en su estudio sobre la hiperinflación alemana de 1920 y también por Sigal y Kessler (1997) en el trabajo que mencionamos antes. Ambos sostuvieron que los precios se habían vuelto el tópico central de los encuentros cotidianos, llevando a uniformizar las interacciones y a producir la pérdida de libertad en las conversaciones. No pretendemos aquí establecer una analogía entre fenómenos cuyas magnitudes no son comparables. Sin embargo es posible sostener que, en contextos inflacionarios donde fácilmente puede perderse la referencia en los valores de aquello que se consume, es habitual el intercambio de información sobre precios en grupos restringidos de familiares, amigos y compañeros. Esta información se vuelve clave como estrategia en la organización de las compras. El relato de Victoria nos permite ejemplificarlo. Ella es empleada en el sector contable del municipio local y su pareja es productor agropecuario. Hace pocos meses comparten una vivienda que están pagando mediante un crédito Procrear¹¹:

Eh...voy mucho al Día porque las cosas están más baratas o de oferta y demás y también voy a Marano, eso me quedó la costumbre porque como yo estaba allá iba mucho entonces es como que ya sé algunos precios y demás y a veces voy a los chinos, depende de que sea. Lo que pasa es que nosotras tenemos con las chicas, con mis amigas, fijate que el shampoo está barato acá, nos mandamos mensajes (risas) entonces es como que sí, voy a todos lados, o está barato allá esto, barato que haga una diferencia ¿me entendés? ponele el papel higiénico y las servilletas es un clásico de Día o en la Coope los shampoo que capaz que tenés por envase \$50 de diferencia ponele, entonces bueno, fijate que está barato acá, allá... (Victoria, 31 años, empleada administrativa. Enero de 2019).

2.1. El ahorro a través del gasto, y la inflación tensionando el discurso en torno a la compras

La idea de ir tras las ofertas y las promociones como puntos sobre los que se van armando los itinerarios de compra trae a colación un aspecto que ha sido señalado por Miller en su teoría sobre las

¹¹ El Programa de Crédito Argentino del Bicentenario para la Vivienda Única Familiar (ProCreAr) es un programa que fue puesto en marcha en el año 2012 por el gobierno nacional de Argentina, con la finalidad de otorgar créditos hipotecarios con subsidio estatal, para la construcción, compra y/o refacción de viviendas.

compras y que refiere a la idea del “ahorro a través del gasto” (1998: 69). De acuerdo con el autor, esta idea de ahorro no refiere a una ecuación que repara únicamente en el precio del producto, sino que suele recuperar otras cuestiones como la cantidad y la calidad. De este modo, ahorrar supone múltiples cálculos y combinaciones de elementos que, independientemente de la forma que asuman en cada acto de compra, permite a quiénes las realizan, afirmar que han ahorrado.

Como hemos mostrado hasta aquí, en un contexto inflacionario, la cuestión de los precios se vuelve determinante para la mayoría de los hogares. No obstante, la búsqueda de aquellos *más convenientes* como estrategia para reducir el gasto, va acompañada de la consideración de los aspectos que señalaba Miller. En la mayoría de los hogares consultados se alude a la estrategia de cambiar ciertas marcas por otras más económicas a fin de reducir costos. Esta *lógica de la sustitución* de la que habló Elizabeth Jelin (1983) -en su estudio sobre las prácticas de consumo de los sectores populares a principios de la década de 1980- aparece como una constante principalmente en los discursos de los sectores medios, pero también en algunos hogares de sectores populares. La ecuación precio-calidad suele constituir el parámetro de estas sustituciones. La cuestión de la calidad está asociada al *beneficio* que supone la adquisición de ciertos productos conocidos y valorados positivamente. También son puestos en consideración el tipo de productos, como los destinatarios de los mismos:

Según lo que sea, puedo llegar a comprar lo más barato y en otras cosas lo mediano, lo mejor ya no lo compro más, lo más caro digamos en precio ya ni lo compro, compro mediano según la marca o lo que vaya a comer, si es para comer sobre todo y después puedo comprar más barato si es otra cosa, limpieza o esas cosas, y cambió permanentemente a la marca que esté más económica y que tampoco que sea un desastre, ahí al medio (Pilar, 47 años, docente. Enero de 2019).

Hay un pensamiento mayor del gasto, o sea se analiza un poco más en qué se gasta (...) la cuestión quizás de la compra de los alimentos, de mirar por ahí las marcas. (...) Yo siempre compraba la Ilolay, ahora no porque antes yo la compraba a la Ilolay porque era barata, osea más barata incluso que la Coope y ahora no, ya está más...o sea ahora compro Tregar o Verónica, por lo general trato de no irme de esas marcas (...) porque yo como es para ellas [en

referencia a sus hijas]...me daba como cosa comprar cualquiera (Ema, 34 años, nutricionista. Febrero de 2019).

Como lo muestran estos relatos, el reemplazo de determinados productos en función del ahorro supone la consideración de criterios múltiples, así como el establecimiento de escalas de prioridad. Como refirió Pilar, los productos comestibles suponen una elección *más exigente*, que impone límites al objetivo de ahorrar. Algo similar señalaba Ema al respecto de la compra de leche para sus hijas. En este sentido, vemos que en cada una de las decisiones de compra intervienen una serie de consideraciones que no son meramente económicas. Como señaló Miller (1998), a partir de los criterios que los compradores ponen en juego en dichas decisiones buscan mostrar como conciben sus relaciones sociales más íntimas. Así, por ejemplo, comprar para la familia encarna una serie de responsabilidades, expectativas, y normas que son de carácter sociocultural, y que expresan una de las múltiples formas en que se materializan las relaciones de cuidado en la práctica. Teniendo esto en cuenta, es posible suponer que contextos caracterizados por aumentos de precios que trepan por encima de la actualización de los ingresos, imprimen una mayor complejidad a las decisiones cotidianas de compra. Esto se expresa en el intento de conjugar las mayores exigencias presupuestarias que enfrentan los hogares, a partir de estrategias como las que describimos (búsquedas de precios, sustitución de marcas), con las significaciones y expectativas que depositan sobre sus compras y sobre los vínculos involucrados en ellas. Considerar estas tensiones es central para comprender cómo efectivamente se toman las decisiones económicas en la práctica. Como mostró Wilkis (2013), las personas y sus vínculos sociales se ven permanentemente expuestos a dilemas y conflictos morales en torno del dinero y los hechos monetarios.

2.2. Hacer las compras, ¿un deber hacer?

Trabajos como el de Heredia (2015) y Sigal y Kessler (1997) mostraron que, en períodos con niveles de inflación muy elevados, imperaba entre los consumidores “el mandato de desprenderse lo más rápido posible de la moneda local (...) [de modo que] muchas familias adoptan la costumbre de hacer todas sus compras ni bien reciben sus salarios” (Heredia, 2015, p. 135). A diferencia de lo observado por estos autores, lo que vemos actualmente es que muchos hogares reducen el tamaño de sus compras, al mismo tiempo que aumentan la frecuencia de las mismas. Así, las compras mensuales o quincenales son a menudo reemplazadas por compras “en función de la necesidad” (Ema,

nutricionista, 34 años. Febrero de 2018.). El stockeo de productos se vuelve una práctica más bien excepcional y las visitas al supermercado responden a un horizonte temporal que se expresa semanal o incluso diariamente. Esto lo encontramos en el caso de aquellos hogares cuyos ingresos mensuales no son fijos, de modo que organizan las compras a medida que reciben el dinero y en función de los montos recibidos. Y también en el caso de otros hogares que cuentan con al menos un ingreso fijo:

Lo mío es como muy variable por eso hay meses que cobrás mucho y meses que no cobrás nada, y mi marido tiene un sueldo normal y de ahí se hacen las compras, generalmente hoy no suelo ir al supermercado mucho, no suelo ir mucho, por ahí antes se iba más, voy solamente a lo esencial, lo que hace falta y nada más, no es como antes que ibas ahí y llenabas el carrito, ¡no! ¡no! lo esencial... (Cintia, 38 años, martillera pública. Marzo de 2019).

Claro está que la velocidad y magnitud a la que se producen los aumentos de precios en el caso de los períodos mega e hiperinflacionarios, con valores que se modifican varias veces en un mismo día, y la escasez de productos que los caracterizó, permiten comprender la celeridad que dichos contextos imprimen a las prácticas de compra, y el hecho de que no encontremos ejemplos similares hoy aquí. Un relato extraído de una de las entrevistas nos permite mostrar cómo esto era vivenciado durante *la hiper*:

A: Yo lo que me acuerdo es que mi mamá en ese momento trabajaba como enfermera. Ella tenía mucho trabajo, andaba todo el día y ganaba bien. Pero la plata era como que no alcanzaba para nada. Ponele, vos hoy te levantabas y sabías que con dos domicilios que ella hacía, no sé tomar la presión, comprabas un kilo de azúcar. Y cuando ese día llegabas al supermercado con la plata para el azúcar ahora comprabas medio porque en un rato había aumentado al doble (Angélica, 59 años, ama de casa. Diciembre de 2017).

En un contexto como el que analizamos donde, por comparación, los aumentos son sostenidos y *contenidos* dentro de ciertos límites, las compras se vuelven más frecuentes y el dinero disponible se compromete de a poco y, por ende, en menores cantidades. Esta modalidad otorga cierto margen para ir ajustando

dichas compras en el marco de presupuestos que se vuelven menos flexibles. Asimismo, dado que la pérdida de poder adquisitivo que la inflación genera sobre el dinero no se vuelve palpable en lapsos de tiempo ínfimos, como ocurre en situaciones de hiperinflación, en el discurso sobre las compras, la atención está puesta en los aumentos de precios, pero no de la misma manera en el efecto que estos tienen sobre el dinero.

Ahora bien, estas transformaciones en las modalidades de compra que experimentan algunos de los hogares suponen comprometer ciertos hábitos o formas de organización que son valorados positivamente por los mismos. Así, son recurrentes las evaluaciones de dichas prácticas que distinguen entre lo *deseable/posible*, lo *conveniente/inconveniente*, e incluso términos morales respecto de lo que está bien o mal. Un ejemplo lo encontramos nuevamente en el relato de Ema, quién destacaba los momentos en los que había utilizado la promoción del 50% de descuento otorgada por el Banco Provincia, en tanto le había permitido “hacer bien las compras”, en el sentido de realizar una “compra grande” para el mes o para quince días.

Valoraciones como estas atravesaban también los discursos respecto de los medios de pago a emplear en las compras cotidianas. Entre los informantes, es recurrente la idea de que los bienes para el consumo diario no *deben* ser adquiridos a través de mecanismos de financiamiento y/o endeudamiento. Así, para quienes emplean tarjetas de crédito, éstas deben ser utilizadas *en un pago* o, en otros casos, limitar la compra al dinero en efectivo disponible en un determinado momento. Estos relatos sobre las compras apelaban a consideraciones normativas muy cercanas al discurso económico, que tilda de irracional a “todo gasto que no pueda ser sostenido en función de los ingresos” (Figueiro, 2013, p. 21).

En nuestro caso siempre en efectivo, prácticamente en ningún caso, salvo alguna cuestión excepcional porque hay una compra para algún evento o alguna cosa particular sino siempre nos manejamos con efectivo, no usamos tarjeta (...) por una cuestión de consumir en base a los recursos que dispongo en el momento intentando evitar endeudarme con dinero que por ahí no sabes si vas a tener más adelante, entonces manejar el consumo de acuerdo a los recursos con los que contás en el momento (Esteban, abogado, empleado estatal, 36 años. Julio de 2018).

El supermercado siempre en un pago. No, no hay opción de dos (risas) no, porque además es una locura, imagínate, te financias algo que ya consumiste y se terminó y vas a seguir consumiendo (Diana, Ingeniera Agrónoma, 34 años. Junio de 2019).

Tanto el hogar de Diana como el de Esteban, presentan características socioeconómicas que nos permiten clasificarlos como parte de los sectores medios. Ambos, junto a sus parejas, son jóvenes profesionales que se desempeñan de forma autónoma o como trabajadores en relación de dependencia. Han accedido a la vivienda propia y tienen hijos pequeños que no han alcanzado aún la edad escolar. La apelación a la racionalidad que exponen sus discursos, aspecto que se repite en varios hogares de características socioeconómicas similares, parece operar como una frontera simbólica que les permite distinguir sus prácticas. Así, si sus modalidades de compra se ven transformadas, como mostramos antes, la norma de sostener los consumos cotidianos con dinero disponible aún les permite diferenciarse de aquellos hogares que recurren al financiamiento/endeudamiento para este tipo de compras.

Ahora bien, los hogares que exhiben discursos de estas características son principalmente aquellos que sostienen que sus *niveles* de consumo cotidiano no se han visto sustancialmente afectados en un contexto de aumentos de precios. El siguiente fragmento extraído del relato de Jorgelina es interesante porque expone el modo en que, a medida que la inflación ejercer mayor presión sobre las economías domésticas, principios como el que mencionamos, comienzan a ser cuestionados o modificados sobre la base de criterios que no tienen que ver con consideraciones meramente económicas:

A veces usamos las tarjetas, la tarjeta de crédito en cuotas para el supermercado. No era común que usáramos tarjeta para el supermercado, y no es lo ideal, pero ahora la hemos empezado a usar, sí. Los últimos meses la hemos empezado a usar a veces. Antes nunca usábamos o usábamos en un solo pago, comprábamos en un solo pago y por ahí los últimos meses si hacemos una compra más grande, compramos en cuotas

E: ¿Y por qué han cambiado esto?

J: Y porque lo que pasa es que también el aumento de...de los precios y demás ha hecho que por ahí...nunca dejamos, no hemos dejado de consumir cosas entonces es como que hemos cambiado la forma de pago pero no dejar de

consumir. Y teniendo un solo nene es como que también ¿viste? haces unos gastos que...que se yo, nos damos el gusto de comprarle lo que él quiere y bueno, no hemos dejado de consumir pero sí hemos cambiado la forma por ahí de pago, otras estrategias de pago, hemos empezado a usar la tarjeta de crédito para eso, sí (42 años, trabajadora social, empleada estatal).

Jorgelina insiste en remarcar que la utilización de tarjeta de crédito en cuotas para el supermercado no es lo habitual, ni lo ideal/deseable en la economía de su hogar. Hay un *deber hacer* que está presente en su discurso. Sin embargo, ante los aumentos de precios, ha optado por recurrir a este medio, otorgando prioridad a mantener ciertos hábitos de consumo, como el hecho de poder darle ciertos *gustos* a su hijo. Nuevamente, las relaciones sociales íntimas, los vínculos afectivos y las valoraciones respecto de determinadas prácticas aparecen para poner de manifiesto que en las prácticas económicas se ponen en juego distintas racionalidades y representaciones (Luzzi 2013, p. 18). Estas racionalidades múltiples son el producto de aspectos simbólicos, socio-culturales, de experiencias previas y también de condiciones objetivas vinculadas a las posiciones que ocupan los actores en la estructura social y a la influencia que ejercen los contextos socioeconómicos más amplios.

2.3. En el barrio se completan los itinerarios: el consumo, el fiado y la rueda del endeudamiento

Hasta el momento hemos recuperado aspectos referidos a una parte de los itinerarios de compras que realizan los hogares para el aprovisionamiento diario, centrada en las visitas a los supermercados. No obstante, estos recorridos se completan con aquellas compras que se realizan en los comercios de los barrios en los que se emplazan los hogares. Tal es el caso de las verdulerías, panaderías, almacenes y despensas, donde el tipo de compras que se realizan responden a criterios que se distinguen de aquellos que hemos descripto antes. En su mayoría, estas compras cuya periodicidad atañe a lo diario, no responden a la lógica de la comparación de precios sino que prima el criterio de la cercanía y la accesibilidad. Asimismo, el dinero en efectivo opera como el medio de pago por excelencia –en muchos casos porque los propios comercios no ofrecen otras opciones–.

El caso de las despensas y los almacenes de barrio requiere una atención especial dado que el rol que estos desempeñan en las economías domésticas está estrechamente relacionado con las

características socio-económicas de los hogares. Un aspecto que define el tipo de compras que se llevan a cabo en estos comercios es el hecho de que se trata de la *compra diaria*, el *menudeo*-como le suelen denominar los propios comerciantes-. En el caso de los hogares de sectores medios, mientras que el espacio central de sus prácticas de abastecimiento son los supermercados locales, las despensas de barrio constituyen el recurso último cuando se presenta una necesidad puntual. Las diferencias de precios en favor de los supermercados y las ofertas y promociones que ofrecen en el uso de diferentes medios de pago, son los principales motivos sobre los que se funda esta elección.

En el caso de algunos hogares de sectores populares, el vínculo con los almacenes barriales presenta otros matices. Los lazos de proximidad con los comerciantes, la cercanía espacial de dichos negocios a las viviendas y la multiplicidad de acuerdos posibles respecto de las formas de pago, las convierten en una opción recurrente, y, en algunos casos, exclusiva para el aprovisionamiento cotidiano. Las lógicas de comercialización flexibles que emplean los vendedores se adaptan a los escasos recursos monetarios de los que disponen estos hogares. Así, los huevos pueden comprarse por docena, pero también por unidad, y es posible solicitar una gran variedad de productos fraccionados en pequeñas cantidades. En este sentido, como señalamos anteriormente, constituyen una opción a la mano para quienes realizan estas compras de manera diaria, o *para el momento*. Una práctica frecuente en estos comercios es la compra de alimentos por medio del fiado o pago diferido¹². Esta modalidad de crédito “cara a cara” (Laferté et al 2010) se funda en acuerdos variables entre vendedor y comprador y suele presentar la particularidad de “adaptarse” –entre otras cosas- a los ritmos en que estos hogares obtienen sus ingresos. De este modo, se vuelve fundamental para mantener los delicados equilibrios sobre los que se asienta la reproducción de las economías domésticas. En algunos casos, el consumo cotidiano se sustenta por completo en esta práctica y, en otros, se trata de un recurso al que se echa mano cuando se agota el dinero disponible y es preciso esperar al próximo cobro. Como sostuvo Figueiro estas modalidades son el resultado de la conjugación de una serie “de lógicas mercantiles con relaciones de confianza basadas mayoritariamente en los vínculos de vecindad” (2018, p. 415).

¹² El abordaje de esta modalidad de crédito ha despertado el interés de un conjunto de autores abocados al estudio de las finanzas populares, dado el rol central que ha desempeñado en diferentes contextos y poblaciones para el sostenimiento de sus economías domésticas (Figueiro 2013; Villarreal, 2004, 2010; Wilkis, 2013)

E: ¿Y dónde haces compras para el día a día?

A: Y a veces en las despensas del barrio. A veces saco fiado, tengo a la tía de mi marido a la vuelta de mi casa que tiene negocio y sacamos fiado.

E: ¿Y por mes sacan?

A: Por sábado, o sea yo saco de lunes a viernes y el sábado se paga. (...) sacás de lunes a sábado todos los días, a veces se me va como \$1000 y lo básico que sacamos, ponele si un día no tenemos para comer, se saca un fideo blanco y un queso y se come fideos blancos y ya el fideo ponele que está a \$30, más un poquito de queso, lo general sacamos o a veces sacamos leche para ella o azúcar. Y yo a veces no miro pero si vos te pones a mirar si yo me pongo a sacar la cuenta, todos los días estamos sacando un fideo, fideo a la mañana, fideo a la noche, fideo a la mañana, fideo a la noche, hasta el viernes. Es como para ir al supermercado, pero el supermercado igual no me sirve tampoco tanto porque para hacer la compra del mes te gastas como \$2000 \$3000 tenés que tener la plata y a veces uno no puede.

E: ¿Y por qué pagan los sábados? ¿Les ingresa plata ese día?

A: Porque los sábados mi marido es el día que cobra. Mi marido trabaja de lunes a sábado y todos los sábados le pagan, entonces el sábado vamos, por ahí entregamos una parte que tratamos que sea a veces todo, pero ya te digo, a veces al sacar todos los días fideos, queso, un purecito de tomates, todo eso se va, \$800, \$1000, pero ya te digo, tratamos de pagar los sábados todo lo que se pueda (Aldana, 30 años, ordenanza municipal. Enero de 2019).

Aldana tiene 30 años y dos hijos en edad escolar. Vive junto a ellos y su marido en una casa de barrio que les fue otorgada por el municipio local. Por la mañana, trabaja como ordenanza municipal, alguna tardes de la semana realiza tareas domésticas en una vivienda particular, y –en un tercer turno diario- se desempeña como niñera. Su marido trabaja como asistente de herrería. Recientemente vive junto a ellos la hermana de Aldana –que no tiene empleo- y tres de sus cinco hijos. Al igual que en el caso de muchos otros hogares, la economía de esta familia funciona a partir de la combinación de ingresos fijos mensuales (salario, Asignación Universal por hijo) e ingresos variables que responden a una temporalidad diferente (diarios, semanales etc.) y dependen de la demanda de trabajo que se les presente. Los primeros suelen estar comprometidos para solventar gastos regulares (pagos de

servicios, tarjetas de créditos, etc), mientras que los segundos se emplean para las compras cotidianas. La despensa de su barrio es la que le permite mantener activa la rueda del consumo de alimentos; esta se renueva cada sábado cuando abonan lo adeudado durante la semana.

No obstante, esta práctica de pago diferido de la que hacen uso hogares como el de Aldana, supone una serie de dificultades. En primer lugar, es necesario prever un volumen de gastos que se podrá cubrir para determinar qué es lo que se puede comprar, dado que aquí no operan las limitaciones inmediatas que impone la compra con dinero en efectivo disponible en el momento. Esto se vuelve problemático ante la inestabilidad de los ingresos y también ante el contexto inflacionario ya que, frente al aumento sostenido de los precios, parte de los comerciantes optan por colocar precio a los productos al momento del pago y no de la compra. Así, el monto a abonar al final de cada ciclo – semanal, quincenal, mensual, etc.- constituye una incógnita hasta que se realiza dicho pago. En segundo lugar, ocurre que los flujos de dinero que ingresan a los hogares suelen volcarse a saldar estas deudas a fin de mantener los créditos disponibles. De este modo, pagar supone nuevamente la ausencia de efectivo y la necesidad de volver a endeudarse. En tercer lugar, ocurre que los comerciantes suelen reservar *el fiado* a determinados clientes que, no sólo son aquellos que cumplen con el pago, sino que también realizan gran parte de sus compras en el propio comercio. De este modo, los hogares que dependen de este sistema, deben lograr mantener el acceso al mismo. El siguiente relato de situación extraído de la entrevista que realizamos con una comerciante nos permite ilustrar con claridad lo dicho:

Yo tengo que aguantar el fiado a la gente que tengo hace 20 años, el otro día vino una y me compraba...y se ve que el 27 ya no tenía plata entonces venía el 27, el 28, hasta el 2, el 3, el 4 que cobraba. Bueno, me pagaba pero también me daba como bronca porque yo la veía pasar todos los demás días en una motito con las bolsas del supermercado entonces si yo te ayudo en un momento, entonces vos cuando tenés plata te vas a otro lado y después me venís a pedir fiado, entonces el otro día vino (...) ahí le digo: mira, vos me vas a perdonar, quiero que me entiendas, no es el problema tuyo, es el mío, vos me has pagado siempre, pero vos tenés que ir a sacar fiado donde vos todos los meses comprás, ahí donde vos vas todos los días, ahí...a donde vos vayás...porque yo el poco fiado que tengo lo tengo que aguantar para mi hermana, para clientes que tengo de toda una vida, desde que abrí el negocio hace 20 años, a esa

gente no le puedo decir que no (Silvia, dueña de una despensa de barrio. Octubre de 2019).

En este caso vemos que, para el hogar en cuestión en el relato, la decisión de recurrir al supermercado y no a la despensa de Silvia, le significó que le fuera denegada la posibilidad de compra a crédito durante aquellos días que no contaba con dinero en efectivo. Esta cita refleja también una dificultad adicional asociada a la presencia de la inflación. Dado que los salarios e ingresos quedan retrasados en relación al aumento de los precios, se profundiza el desfase entre dichos ingresos y los gastos, principalmente en el caso de los hogares con condiciones socio-económicas desventajosas. Como señaló Jelin (1983), ocurre que el dinero de estos hogares frecuentemente es utilizado incluso antes de obtenerlo, de modo que –tal como mostramos hasta aquí– la dinámica del consumo aparece en vinculación directa con la del endeudamiento y suele limitarse a aquellos espacios donde es posible acceder a mecanismos de crédito como el que describimos antes, donde las condiciones de compra suelen ser desventajosas principalmente en lo que refiere a los precios de los productos.

3. Temporalidades, precios y medidas caseras de inflación

Daniel y Heredia (2019) han señalado que el IPC, creado a mediados de la década del 70', ofreció a la población argentina una medida común para seguir los precios. Esta permitió, entre otras cosas, la abstracción -respecto de bienes y agentes determinados- y la generalización, en el sentido de aunar la experiencia nacional. No obstante, consideramos válido afirmar que, más allá del número porcentual que arroja el IPC, son los precios concretos de los bienes de consumo cotidiano los que vuelven a la experiencia inflacionaria palpable para las personas particulares.

A diferencia de lo observado por Miller (1998) para las familias londinenses quienes, en un contexto de estabilidad e independientemente de su nivel socioeconómico, afirmaban ignorar incluso los precios de los productos de consumo diario más básicos, nuestros entrevistados dieron cuenta del conocimiento de una gran variedad de ellos. Al consultarles al respecto, la primera respuesta que obteníamos era la imposibilidad de retener dicha información, dadas las variaciones a las que los precios están sujetos. No obstante, al pedirles que repasaran folletos de supermercados de fechas pasadas, la referencia a los precios vigentes surgía espontáneamente. Este conocimiento puede explicarse, en parte, por el hecho de que hay un interés en dicha información, en tanto se vuelve clave en el ejercicio de

comparación que suponen las prácticas de compra para la mayoría de los hogares:

los papel higiénicos...\$100 los cuatro papel higiénicos, eso me parece una locura, que subió de \$34 que me acuerdo que iba a los chinos , que a veces que los chinos están más baratos y ahora ya no hay escala, no hay ni chinos, ni actual, ni Coope ni nada...son todos iguales, todo te cobran \$100, \$98, depende...y el otro día conseguí \$89 el Higienol Max que es lindo pero es más barato que el otro, que el Higienol común (...) Mirá \$18 pesos y yo compre el mismo, el Elegante, rollo de cocina a \$49, más del doble, más del doble. La lavandina por dos litros ¡Esencial! \$60 ¡es una locura! (...) ¡\$18! Vos fijate, ¡tres veces más! Y no es que sea...la esencial, la más barata, la otra estaba \$90... yo digo: no compro lavandina, ya viste cuando vos decís...acá mirá, Ayudín por dos litros \$34, está a \$90 y pico...yo compré a \$60 la otra que está un poco más rebajada (...) Ay la yerba a \$40 mangos ¡¿el kilo?! Ahora la yerba cuanto está ni sé, está como a \$120 la última que compré... a ver de cuándo son estos...de cuándo son...¿2017?

E: Solo este es de 2017...estos son de las pascuas pasadas, 2018....

S: ¡Está todo el doble! ¡En un año aumentó el doble todo!

E: Si, ni siquiera un año porque no llegamos, son del abril pasado.

S: Si... ¡no! yo te digo la verdad, viste que haber...te das cuenta porque vas al super, yo antes no miraba los precios y ahora los miro (Soledad, 38 años, martillera pública. Febrero de 2019).

El fragmento citado fue extraído del relato de Soledad. Tiene 38 años, es martillera y corredora pública y trabaja de forma autónoma realizando negocios inmobiliarios. Su marido es empleado administrativo. Tienen un hijo en edad escolar y viven en una casa propia ubicada en un barrio de las afueras de la ciudad. Su discurso, concordante con muchos otros, presenta elementos interesantes. Como mencionamos, es en las compras para el aprovisionamiento diario donde se pone de manifiesto con claridad el aumento de los precios. Así, al encontrarse con los precios de diferentes productos de consumo habitual plasmados en folletos viejos, podía reconocer las diferencias entre muchos de ellos y lo que había abonado por dichos productos en

sus últimas compras. No obstante, a Soledad le resultaba difícil dar cuenta de la distancia temporal a la que se habían producido estos aumentos, es decir, los ritmos de los mismos. Y, tanto en su caso como en el de otros entrevistados, la idea que surgía era que dichos aumentos se habían producido a una velocidad mucho menor de lo que efectivamente lo habían hecho. Soledad ubicaba en el año 2017 una serie de precios que correspondían a mediados del año 2018 y expresaba una gran sorpresa al ver que, en un lapso de tiempo menor a un año, muchos productos habían duplicado su costo de mercado. Esto, que podría deducirse de los valores arrojados por el IPC (ubicados en torno del 48%), se presentaba con claridad para ella al momento de comparar precios concretos de productos determinados.

Lo dicho aquí nos pone frente a una cuestión clave para pensar cómo es vivenciada la inflación, que tiene que ver con las diferencias temporales que se producen entre un tiempo que es personal, subjetivo, relacionado a los modos en los que las personas procesan los ritmos inflacionarios, y otro tiempo que es contextual, relacionado con los ritmos objetivos asociados al fenómeno. El IPC ofrece una medida generalizada para este segundo aspecto. Pero, al mismo tiempo, en el marco de las biografías personales, surgen pequeños elementos que permiten la aproximación de dichos tiempos que corren a velocidades diferentes. En el caso que aquí nos ocupa, el de las compras para el aprovisionamiento diario, emergen ejemplos asociados a los precios de ciertos productos que resultan relevantes:

A ver el shampoo por ejemplo te das cuenta, de \$80 a \$220 en el año, de \$80 el Head Shoulders que uso yo, a \$220, viste cuando decís: ah no, ¡cambieemos de shampoo! Pero lo peor es que no puedo cambiar porque si no me sale caspa (...) antes venia el grande, ese lo compraba yo, no era excesivamente caro como es ahora, ahora no podés pagar \$600 el shampoo, yo compraba el grande que viene de...ay, ¿de cuánto viene? el grande grande, ese la última vez que lo compré fue una vez que fuimos a Olavarría al Carrefour

E: ¿Y cuándo fue eso?

S: Y dos años debe hacer...después ya directamente no se ven más los de 1000, ya no los traen porque quién los va a comprar...empecé a comprar el del 800 cm³, cuando veo que ahora están \$220, compro el de 400 cm³ (risas) cada vez compras de menos (Soledad, 38 años, martillera pública. Febrero de 2019).

Soledad recuerda la última vez que compró un determinado tamaño de shampoo; fue hace dos años atrás. A partir de entonces, la evolución del precio de ese producto se ha transformado para ella en una referencia puntual que le permite *dar cuenta*, en cierta medida, como los precios aumentan. En este sentido, el precio de dicho producto asociado al hecho de haberlo consumido por última vez, se transforma en un anclaje a través del cual se acercan ambas temporalidades. Un ejemplo similar lo encontramos en el caso de Ema, cuando repasa los aumentos de precios en los pañales en relación al nacimiento de sus dos hijas:

En general lo que más registro es leche y los pañales por ahí conseguí una marca barata en una pañalera de casualidad y ahora enganché eso y estoy comprando...el precio del super aumentó terrible como de \$200 y pico a \$400, hay bolsas de \$600 ¡una locura! Y no duran nada las bolsas, bueno ese es un cambio por ejemplo entre ellas, yo con Ema usaba una marca de pañales mejores que los que uso con Julia, los que yo usaba con Ema ahora salen \$600, no los podría comprar ni loca (Ema, 34 años, nutricionista. Febrero de 2019).

Junto a estos *precios de referencia* que operan en las biografías individuales asociadas a determinados eventos o acontecimientos, vemos que en el marco de las economías domésticas surgen otras formas concretas de dar cuenta del aumento de precios y de la pérdida del valor de la moneda, sin que ello implique la necesidad de recurrir al conocimiento permanente y exhaustivo de dichos precios y/o a los números porcentuales mediante los cuales la ciencia económica da cuenta de estos fenómenos. Estas consideraciones nos acercan a una cuestión muy sugerente que planteó Florence Weber (2002). Interesada en las formas ordinarias de cálculo, la autora mostró la emergencia de modos de calcular o medir ciertos fenómenos en el marco de la cotidianidad, que surgían ancladas a prácticas u objetos materiales significativos en contextos determinados. Estas formas ordinarias de cálculo eran producto de necesidades prácticas de quienes las encarnaban y no se derivaban de los sistemas de medición objetivos elaborados sobre la base de competencias profesionales.

Y compro por bulto y entonces más o menos si me doy cuenta, como siempre compro lo mismo, de una semana a la otra o de un mes a otro, entonces una compra que era de \$1000, se vuelve de \$1400 por decirte algo, ese es el

registro que hago. (Diana, Ingeniera Agrónoma, 36 años. Junio de 2018)

Antes ibas y un carrito eran \$2000, ahora es una bolsita y media y tenés \$1000 y vos decís: ¿eh? Ahora fijate, cinco cosas que ni siquiera necesité una bolsa [en referencia a una compra que había realizado el día de la entrevista], son \$500 y yo me acuerdo que el año pasado con el 50% de Visa Banco Provincia, las primeras veces que hicieron el de la Coope, las primeras veces era un mundo de gente me acuerdo, que yo gasté, compré dos changos y un carrito y compré \$3200. Me devolvían \$1500 pero compré para todo el mes, aprovechaba esas cosas (Soledad, 38 años, martillera pública. Febrero de 2019).

Como vemos en estos discursos, las compras para el aprovisionamiento diario son una fuente inagotable de estas medidas o formas ordinarias de cálculo. El cambio del supermercado, la compra semanal, la cantidad de artículos que caben en una bolsa, son algunos de los ejemplos que ilustran los modos en que la inflación se materializa y se vuelve observable, palpable, medible en el marco de las economías domésticas. Al mismo tiempo, son estas medidas caseras las que, al surgir vinculadas a ciertas prácticas que han sido dotadas de una temporalidad particular y de cierta regularidad, como ocurre con la realización de las compras, se vuelven significativas en el modo de vivenciar los ritmos a los que la inflación avanza.

A partir de lo dicho, y siguiendo el planteo de Weber (2002) no buscamos sostener que las medidas técnicas como el IPC, o los elementos sobre lo que estas se construyen (precios) entran en contradicción con las medidas caseras de inflación. Como vimos, los precios de determinados productos juegan un rol importante en el procesamiento de la inflación en el marco de las biografías individuales o familiares. No obstante el objetivo es evidenciar la convivencia de marcos de referencia que poseen orígenes distintos. En definitiva, “¿de qué sirve una medida ‘científica’ para explicar los comportamientos si las personas interesadas no la utilizan, es decir, no la perciben?” (Weber 2002, p. 160).

Palabras finales

El presente artículo se centró en indagar las particularidades que asumen las prácticas de compra para el aprovisionamiento diario de un conjunto de hogares de sectores medios y sectores populares, en el marco de un contexto inflacionario. Nos enfocamos en mostrar el modo

en que se llevan a cabo esas compras, los espacios por los que transitan y las decisiones y calculabilidades que involucran. El interés estuvo puesto en reconstruir los razonamientos prácticos empleados en estas prácticas y las significaciones asociadas ellos. Las características socioeconómicas de los hogares jugaron un rol central en el análisis.

El recorrido por los supermercados en busca de diferentes productos, la atención puesta en los precios y en el cotejo de ofertas y promociones, las transformaciones en las modalidades de las compras, así como la búsqueda de reemplazar determinados productos por otros en función de la adecuación de los gastos, son algunos de los aspectos que aparecen vinculados directamente a sortear las dificultades que suponen los aumentos continuos y generalizados de precios. Estas prácticas, que resultan transversales a hogares de características socioeconómicas diferentes, emergen con fuerza en los discursos de los sectores medios y van delineando un *deber hacer* en torno a las compras, que pone el foco en la racionalidad de ciertas elecciones. Ese *deber hacer* se afirma sobre la base de tres elementos principales: comprar en el supermercado (y no en comercios chicos como las despensas de barrio), buscar precios y evitar el endeudamiento y/o la financiación de estos consumos; y emerge en los discursos cargado de elementos morales que son empleados para enjuiciar a aquellas prácticas que no se adecuan a él. Al mismo tiempo, para quiénes han abandonado ciertos hábitos valorados positivamente, como por ej. *las compras grandes* en el marco de presupuestos menos flexibles, la apelación a estos puntos les permite establecer una frontera simbólica respecto de aquellos hogares que organizan sus economías sobre la base de otras lógicas (*no endeudarse para comprar alimentos* aparece como una de las máximas que se repite en los discursos de estos hogares de sectores medios). Las dificultades que supone la inflación operan tensionando y matizando estos discursos y permiten la emergencia de otros elementos, no monetarios, pero de gran relevancia para comprender cómo efectivamente se toman las decisiones económicas en la práctica. Tal era el caso, por ejemplo, de las responsabilidades, expectativas y elementos afectivos asociados a los vínculos íntimos involucrados en las decisiones y prácticas de compra que movilizan otras racionalidades no ajustadas a una lógica puramente económica.

Los hogares de sectores populares también dan cuenta de sus prácticas de compra en relación a ciertas expectativas o modos de hacer similares a los mencionados. Los puntos del *deber hacer* que delineamos antes, aparecen en sus discursos tanto para quiénes se ajustan o toman algunos de ellos, cómo para quiénes basan su organización económica sobre la base de otras lógicas. Así, por ejemplo, la compra en el supermercado y las referencias a los precios

aparecen como el espejo de quiénes compran en las despensas de barrio. No obstante, las modalidades de comercialización flexibles que ofrecen estos comercios, la cercanía espacial a los hogares, las relaciones de confianza con los vendedores y la posibilidad de acordar tiempos y modalidades de pago, los transforman en un actor clave en el funcionamiento de estas economías. El sistema de crédito o fiado que ofrecen estos comercios resulta central para sostener consumo cotidiano. Este último depende de una rueda de endeudamiento en constante renovación dado que los ingresos monetarios que reciben los hogares suelen volcarse a saldar las deudas preexistentes en pos de renovar el acceso al crédito.

Las compras para el aprovisionamiento diario nos permitieron también aventurar algunas reflexiones respecto de la dimensión experiencial en torno de la inflación. Aquí nos encontramos con una cuestión fundamental que refiere a las diferencias temporales que se producen entre los ritmos a los que se experimenta de manera individual y subjetiva el aumento de los precios, y los ritmos a los que los precios efectivamente aumentan. Si bien se trata de procesos que corren a velocidades diferentes vimos que, en el marco de las biografías individuales, surgen elementos –como precios significativos–, que permiten el acercamiento de ambas temporalidades. A ellos se suman las medidas caseras de inflación que emergen en el espacio de las economías domésticas. Las compras para el aprovisionamiento diario son una fuente inagotable de estas medidas que, al anclarse materialmente en objetos de consumo y prácticas rutinarias, permiten a quienes las emplean obtener ciertas nociones respecto de los ritmos a los que la inflación avanza. Reparar en estas medidas permite recuperar los marcos de referencia que los actores emplean en su experiencia cotidiana y evidenciar la distancia que existe entre estos y los modos de conocimiento experto o técnico ofrece medidas y/o explicaciones sobre los mismos fenómenos. Es necesario considerar cómo la inflación se vuelve palpable, medible y observable a nivel de los individuos si lo que buscamos es comprender los modos en que las personas procesan social y subjetivamente la experiencia de vivir con la inflación y los modos en que actúan ante ella.

Referencias

- Benjamín, W. (2002). *Dirección Única*. Madrid, España: Alfaguara.
- Chávez Molina E. y Pla, J. (2018). Distribución del ingreso y de la riqueza material. En J. I. Piovani, & A. Salvia, (Coord.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

- Figueiro, P. (2013). *Lógicas sociales del consumo*. Buenos Aires, Argentina: UNSAM Edita.
- Figueiro, P. (2018). No vendo pan: pago diferido y evaluaciones morales en una agencia de lotería de la provincia de Buenos Aires. *REA*, XXIV, 1-23.
- Guérin, I. (2010). Las mujeres pobres y su dinero: entre la supervivencia cotidiana, la vida privada, las obligaciones familiares y las normas sociales. *La ventana*, 32, 7-51. Extraído desde <http://www.redalyc.org/pdf/884/88420963003.pdf>
- Jelin, E. (1983). Las relaciones sociales del consumo: el caso de las unidades domésticas de sectores populares. Seminario Técnico Regional sobre mujeres y familias de los estratos populares en América Latina. *Comisión Económica para América Latina (CEPAL)*, Santiago, Chile.
- Heredia M. (2015). *Cuando los economistas alcanzaron el poder (o cómo se gestó la confianza en los expertos)*. Buenos Aires, Argentina Siglo XXI Editores.
- Heredia, M. y Daniel, C. (2019). The taming of prices: Framing and fighting inflation in the second half of the twentieth century in Argentina. *Economic Sociology: the european electronic newsletter.*, 20 (2), 6-14. Extraído desde https://www.researchgate.net/publication/332130531_The_taming_of_prices_Framing_and_fighting_inflation_in_the_second_half_of_the_twentieth_century_in_Argentina
- Hornes, M. (2016). Entre condiciones expertas y negociaciones prácticas: la generización del dinero proveniente de las transferencias monetarias condicionadas. *Horizontes Antropológicos*, 22 (45), 77-104. Extraído desde <https://journals.openedition.org/horizontes/1160>
- Kreutzer, S. (2004). Una mujer con dinero es peligrosa. Cuestiones de género en el manejo del dinero y la deuda a nivel familiar. En M. Villarreal (Coord.), *Antropología de la deuda: crédito, ahorro, fiado y prestado en las finanzas cotidianas*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Laferté, G. Avanza, M. & Penissat, E. (2006). O crédito entre as classes populares francesas: o exemplo de uma loja em Lens. *Mana*, 12 (1), 7-38.
- Luzzi, M. (2013). Economía y cultura en las interpretaciones sobre los usos del dólar en la Argentina. *Sociales en debate*, 5, 11 -20.
- Luzzi, M. y Wilkis, A. (2019). *El dólar. Historia de una moneda argentina (1930-2019)*. Buenos Aires, Argentina: Crítica.
- Miller, D. (1998). *Ir de compras. Una teoría*. México: Siglo XXI Editores.
- Mónaco, C. y Benítez, D. (2019). La Argentina del Proceso. Un texto introductorio a la etapa 1975-1983. En M. Luzzi, (Coord.), *Problemas Socioeconómicos de la Argentina Contemporánea, 1976-2010*, 2da edición corregida y aumentada, Buenos Aires, Argentina: UNGS, Colección Textos Básicos.
- Neiburg, F. (2006). Inflation: Economists and Economic Cultures in Brazil and Argentina. *Comparative Studies in Society and History*, 604-633.
- O'Dougherty, M. (2002). *Consumption Intensified: The Politics of Middle-Class Daily Life in Brazil*. Duke University Press, Durham NC.

- Partenio F. y Wilkis A. (2010). Dinero y obligaciones generizadas: las mujeres de sectores populares frente a las circulaciones monetarias de redes políticas y familiares. *La ventana*, 32, 177-213. Extraído desde http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S140594362010000200007
- Sigal, S. & Kessler, G. (1997). La hiperinflación en Argentina: comportamientos y representaciones sociales. En: D. Cantón & R. Jorrot (Comp.), *La investigación social hoy*. Buenos Aires, Argentina: Oficina de Publicaciones del CBC.
- Spitta, A. (1988). La cultura de la inflación en la Argentina. Observaciones cotidianas de un extranjero. En N. Botana & P. Waldmann (Comp.), *El impacto de la inflación en la sociedad y la política*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Tesis - Instituto Torcuato di Tell.
- Olckon Kubicka, M. y Halawa, M. (2015). Making a living. How Young Heterosexual Couples in Warsaw Start and Practice a Household, 27th.
- Villarreal, M. (2004). *Antropología de la deuda. Crédito, ahorro, fiado y prestado en las finanzas cotidianas*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. México. Extraído desde http://biblioteca.diputados.gob.mx/janium/bv/ce/scpd/LIX/antr_deuda.pdf. Consultado el 27/1/2020
- Weber, F. (2002). Práticas econômicas e formas ordinárias de cálculo. *Mana*, 8 (2), 151-182. Extraído desde https://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0104-93132002000200006&script=sci_arttext
- Wilkis, A. (2013). *Las sospechas del dinero. Moral y economía en la vida popular*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Zelizer, V. (2008). Pasados y futuros de la sociología económica. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 14, 95-112. Extraído desde <http://www.apuntescecyp.com.ar/index.php/apuntes/article/view/125/110>
- Zelizer, V. (2009). La negociación de la intimidad. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.